

# AL TRAVES DE LOS MUSEOS

## EXPOSICION DE ARTE GOTICO — MUSEO MUNICIPAL DE ARTE HISPANO AMERICANO "ISAAC FERNANDEZ BLANCO"

### I

Buenos Aires ha podido valorar en distintas ocasiones la colección de doña Paula de Koenisberg, cuya importancia se mantiene indiscutiblemente en la muestra que, con los auspicios de la Intendencia Municipal, se inauguró el 21 de mayo pasado en las salas de la vieja casa de la familia Noel, transformada hace años en Museo de arte colonial, cuyo título completo, recientemente ampliado, es *Museo Municipal de Arte Hispano Americano "Isaac Fernández Blanco"*.

Curioso resulta que al iniciar sus actividades con la nueva denominación, lo haga con una exposición que, si bien valiosa e interesante, no encaja en el título ni en el marco hispano-americano del Museo.

Efectivamente, si por arte hispano-americano entendemos aquella prolongación maravillosa del espíritu peninsular en las Indias Occidentales, que floreció en los siglos XVII y XVIII, produciendo obras plásticas notables, nos parece inadecuado, no precisamente el exhibir objetos góticos, pues con ello se demuestra en *nueva y completa perspectiva la progenie remota del arte colonial*, como declara don Luis I. Aquino en el prólogo del hermoso Catálogo — opinión valedera en cierto sentido, sino la heterogeneidad de elementos que bajo el rótulo de *Arte Gótico* se presentan al público. Obsérvese que de 157 piezas que figuran en el Catálogo, un centenar de ellas no son góticas, a menos que llamemos góticas las pinturas del Perugino (Nº 12 del Catálogo), Tintoretto (25) o Lorenzo Lotto (18), los manuscritos persas (29-30-31), la consola en mármol pavonazzo del siglo II A. C. (61), las alfombras Ispahan y Tabriz (108-109-110) y las porcelanas de Sèvres, Meissen, Frangenthal, etc. (133 a 157).

No obstante estos reparos, una exposición de obras maestras es siempre bien venida, y máxime cuando ejemplares como éstos no se exhiben corrientemente en nuestra ciudad.

En pintura, la imagen sedente de la Virgen con el Divino Infante, de Antonio Vivarini, nos atrae por la finura del dibujo y la delicadeza de color, y vuelven a cautivarnos, pues ya las habíamos contemplado en la *Exposición de Arte Gótico y Renacimiento*, las tablas florentinas de *Santa Catalina* y *la Virgen y el Niño con San Miguel y San Blas*. La primera, pintura del siglo XIV, presenta a la Doctora de Alejandría en la parte central, rodeada por doce escenas en las que se relatan pasajes de su vida. La segunda, obra cuatrocentista de Neri di Bicci, nos muestra a la Madre del Redentor con el Niño, y a sus lados la figura episcopal de San Blas y la angélica de San Miguel. Debajo de la Madona, y en pequeño, las efigies de los dónantes y en la *predella*, la Resurrección de Cristo y diversas figuras de Santos.

De Hans Burkmaier, pintor de fines del XV y principios del XVI, hay un retrato particularmente significativo: el *Arquitecto*, de un noble verismo, y de Simon Marmion, la representación anacrónica de un pasaje del Génesis: *El encuentro del patriarca Abraham y el sacerdote Melquisedec*.

En escultura, véanse hermosas, dos figuras ecuestres, un San Jorge y un San Martín de Tours, talla flamenca del siglo XV de singular predicamento esta última y una terracota de hondo sentido espiritual representando al Bautista.

Por su composición, dibujo y colorido, la pintura que adorna la *cassone* florentina del 1400 es una obra maestra. En ella se describe la entrada triunfal del rey David, erguido sobre la cabeza del vencido Goliat. Le sigue Saúl, que al igual que el anterior se destaca sobre ese fondo poético, de cielo, montes, bosques y ciudades almenadas, al que nos tienen acostumbrados aquellos pintores que miraban hacia adentro para pintar el exterior.

En lo que atañe a las artes industriales, se observan piezas de afinado gusto y esmerada factura. El cáliz romántico, tan hermoso en la estudiada simplicidad de sus líneas, está realizado en plata dorada y adornado con filigrana en las asas, en la cruz del pie y en los círculos que rodean el nudo de cristal de roca. El báculo de marfil, con las tres figuras zoomorfas, mantiene en su ejecución el espíritu medieval, en cambio el arcabuz francés fechado en 1583, con su decoración semipaganizante, desdice con la concepción que dió nacimiento al gran arte cristiano de occidente.

El portal de madera policromada y dorada, en el que aparecen escenas de la vida del Niño Jesús: la Anunciación, el Nacimiento que un su amigo le remitía de México con carta en que le



miento, la Adoración de los pastores y de los Reyes, la Presentación en el Templo, la Matanza de los Inocentes, la Huída a Egipto y el Niño en el templo entre los Doctores, se incorpora al patrimonio artístico nacional.

Anádanse a estas obras, marfiles, tapices, ornamentos sagrados, bosiseries y vitrales, y se tendrá una visión panorámica de una muestra, que por su jerarquía constituye un verdadero acontecimiento en la vida artística argentina. La señora de Koenisberg, *marchande* afamada, al exponer las selectas piezas de su colección en el Museo Municipal, se ha beneficiado, pero al mismo tiempo nos ha favorecido, permitiéndonos contemplar, en un marco agradable, tantas creaciones de la inteligencia y sensibilidad humanas.

*Adolfo Luis Ribera.*

## II

### EL MUSEO HISTORICO NACIONAL DE MONTEVIDEO

El Museo Histórico de Montevideo nació hacia el año 1837, con escasas piezas históricas y con escasas rentas. Esta alcanzaban, entonces, a 25.000 pesos, toda una fortuna para aquellos tiempos, apesar de que en ellos el peso era algo así como cinco centavos de nuestra actual moneda.

Se inició el Museo con grandes entusiasmos, pero éstos fueron decreciendo y, aunque de vez en cuando, un nuevo Director llegaba a inyectar nuevos bríos, aquella institución no se movía ni para adelante, ni para atrás. La polilla, manos inescrupulosas, y otros factores hacían que más bien lo segundo, que lo primero, fuera el *status quo* de aquel Museo. Era un "bric-a-brac" donde el desorden y la inercia, la ignorancia y la improvisación habían entrado como caballo en bazar.

No es revelar un secreto el decir que un joven uruguayo, del día a la noche, como por obra de varita mágica, hizo desaparecer aquella tienda de turcos, y entregó a la Ciudad de Montevideo, no uno sino dos Museos, que son una honra para la ciudad hermana. El señor Juan Pivel Devoto no realizó ese milagro por sus vinculaciones sociales, no pudo hacer lo que hizo, gracias al apoyo de los políticos. Nada de eso. Créase, o no: su preparación histórica y su honradez indiscutida hizo el milagro. El caso es raro, sin du-

da, pero pone de manifiesto que, aun en estos tiempos de electoralismo y de medros politiqueros, se puede triunfar, cuando hay base para ello.

Dos viejas casonas, la del General Rivera, sita en la calle Rincón, al 437, y la del General Lavalleja, a poca distancia de aquella, eran ya en sí mismas dos marcos de Museo, dos locales los más aptos por su antigüedad y por su belleza. También, por su amplitud. El "veni, vidi, vici" fué una realidad para el señor Pivel Devoto. Parecía imposible; era un sueño astronómico. Así creían muchos, pero felizmente se equivocaron. Fué una realidad.

Todavía más: una bellísima realidad. Ambos locales restaurados con todo acierto, albergaron todas las reliquias históricas del Pueblo Uruguayo. Aquellas dos reliquias, las mencionadas casas de Rivera y de Lavalleja, guardan, ostentan y valorizan los miles de objetos de toda índole que, en forma tan científica como estética, allí pueden verse.

Un regio "Inventario" de estos dos Museos publicó el señor Pivel Devoto, hace ya un par de años, "Inventario" que es un modelo en su género y que, como se expresó el Padre Guillermo Fúrlong en el seno de la Comisión Nacional de Monumentos y Museos, debía de servir de modelo a todos los Museos Argentinos, acaba de publicar ahora una serie de folletos, referentes cada uno de ellos a determinadas salas de aquellos dos Museos: la Sala Cisplatina, la de los Treinta y Tres Orientales, la Sala Sarandí, etc., etc., y que consisten en una, más o menos breve descripción de la Sala, discretamente ilustrada y muy bien impresa.

Gracias a estos folletos de 8 páginas en 8º, sin tapas ni vanos dispendios, el que visita una Sala de esos Museos Montevideanos lleva su "cicerone" personal, bien informado y nada expuesto a exageraciones e infundios, como es de rúbrica entre los de ese desprestigiado oficio.

Hemos de felicitar al señor Juan Pivel Devoto por este avance en su magnífica labor, y no hemos de terminar estas líneas sin aseverar que los dichos dos Museos son dignísimos de ser visitados por cuantos argentinos pasan por Montevideo, en los meses de verano, yendo o volviendo de Piriápolis, Atlántida, Floresta, etc.